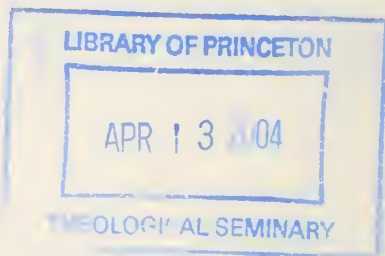


PERIODICALS

PER
BX
1427
.A1
P483
no.
69-145



PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.





Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/pentecostes6919apos>



Epoca 3a. Núm. 69 1° de Septiembre de 1950



RMO. P. ANGEL M. OÑATE,
elegido Superior General de los Misioneros del
Espíritu Santo, el 12 de julio de 1950.

na amada, quiere estar siempre cerca de ella y comunicándose con ella. Por consiguiente, cuando se ama a Dios, se le busca y se quisiera vivir en oración constantemente.

Hay pues, una relación íntima entre el amor y la oración.

* * *

Y para seguir la comparación de los Cantares, me parece a mí que el amor es como las brasas donde se quema el incienso, que al deshacerse sube como una espiral blanquísima y perfumada hasta el cielo. Las brasas, el fuego, es el amor. El humo perfumado y blanquísimo es la oración.

La oración, en un sentido, se puede tomar como uno de tantos ejercicios piadosos por los cuales fomentamos nuestra vida espiritual y santificamos nuestra alma. Pero también puede considerarse como la médula de la vida espiritual como un elemento esencial de ella. De tal suerte que el fondo de la vida espiritual, o al menos un elemento esencial de ella, es la oración.

Y esta oración va creciendo poco a poco, va haciéndose cada día más perfecta, cada día más exquisita, se va alejando de la tierra y acercándose a Dios, haciéndose divina.

De manera que si, como lo dije, la vida espiritual es una ascensión de dolor; es también una ascensión de amor por la oración.

Para que comprendamos esto, conviene ahondar en el concepto de la oración y en la diversidad de formas que tiene la oración en la vida espiritual.

* * *

El concepto genuino de la oración, ya lo expuse, es el trato íntimo y amoroso con Dios.

Los métodos pueden variar y, en cierto sentido, son algo accidental. Lo interesante es que el alma se una con Dios, que se comuniquen con Él. La verdadera oración es eso.

San Francisco de Sales, en una página bellísima, expone su concepto de la oración; dice: orar es acercarnos a Dios con profundo respeto, ciertamente, pero con inmensa confianza, con la confianza con que un hijo se acerca a la mejor de las madres. Decirle todo lo que llevamos allá dentro, sin omitir nada; hablarle de las cosas del cielo y de las cosas de la tierra y derramar nuestro corazón en su Corazón divino, como se derrama en el corazón de un amigo.

Para que podamos tener ese trato íntimo con Dios, Nuestro Señor ha puesto en nuestras almas tres realidades sobrenaturales, maravillosas, divinas: las virtudes teologales, la fe, la

esperanza y la caridad; son las virtudes de la oración, porque nos ponen en contacto con Dios.

Y son las únicas virtudes que tienen a Dios por objeto: las otras siempre tienen por objeto algo creado. Sirven para quitar los obstáculos que nos impiden acercarnos a Dios, o para que podamos prestarle a Dios grandes servicios; pero las únicas virtudes que tocan a Dios como objeto propio, son la fe, la esperanza y la caridad.

Me imagino que, así como hay esos aparatos modernos de radio para captar las ondas hertzianas; así, estas tres virtudes se nos han dado para captar a Dios, para captar lo divino.

Por la fe lo conocemos, lo encontramos en dondequiera que esté; lo miramos en la naturaleza, como lo veía San Francisco de Asís; lo miramos en las almas, en nuestra propia alma, lo descubrimos en el sagrario... En dondequiera que está Dios, lo descubre nuestra fe.

Y la esperanza nos hace paladear de antemano la dicha de poseerlo en la eternidad; nos da la seguridad de que nos uniremos con Él en el cielo; nos da la certeza de que, mientras estemos en el mundo, contamos con todo lo necesario para nuestra santificación. El alma que vive de esperanza es como un alma que se apoya en el brazo fortísimo de Dios...

Imaginémonos que pudiéramos vivir con Jesús, viéndolo, contemplándolo y colgados de su brazo... ¿qué temeríamos? ¡Nada! Viviríamos contentos: en tentaciones, en peligros, en dificultades... ¡qué importa! Pero apoyados en ese brazo, lo podemos todo, como dijo San Pablo: *"Todo lo puedo en Aquél que me conforta"*.

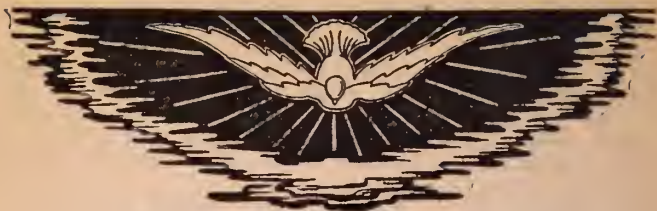
Pues bien, por la esperanza verdaderamente estamos apoyados en el brazo de Dios, contamos con Él, contamos con su bondad, con su poder, para todo lo que necesitamos, especialmente para nuestra santificación.

Y por la caridad, nos unimos íntimamente con Dios, de tal manera que Dios está en nuestro propio corazón, nuestro corazón es el templo de Dios. Sí, aquí encontramos siempre a Dios. El que tiene la caridad, tiene a Dios dentro de su propio corazón.

Con estas tres virtudes, podemos tratar a Dios; y lo tratamos por la oración.

LUIS M. MARTINEZ,
ARZOBISPO DE MÉXICO

(Concluirá)



El Espíritu Santo y la gracia

— VIII —

EL organismo espiritual que dimana de la gracia, constituido por las virtudes teologales y cardinales, desarrollando su actividad, lleva el alma a la perfección.

Además de las virtudes y para que el alma las ejercite con perfección, dimanan también de la gracia y forman parte del organismo espiritual los llamados *Dones del-Espíritu Santo*.

Son infundidos por el Espíritu Santo desde que el alma se pone en gracia y siempre la acompañan.

Su oficio es abrir camino al alma hacia la perfección y darle facilidad para que todo lo que ha de practicar sea hecho prontamente y sin dificultades.

Aunque puede señalarse un Don para cada virtud, la tradición ha consagrado el número de siete y los toma como correspondientes a cada una de las virtudes teologales y cardinales.

El Profeta Isaías, hablando del Mesías esperado por los Israelitas, describe sus glorias y sus padecimientos. Asegura que sobre Él descansará el Espíritu del Señor y muchas de las perfecciones que el Mesías poseerá las describe con el nombre de espíritus: “Y vendrá sobre Él el espíritu de sabiduría y de entendimiento, el espíritu de ciencia y de piedad, el espíritu de consejo y fortaleza y descansará sobre Él el espíritu de temor”.

De estas palabras del Profeta se ha tomado el número y los nombres de los Dones del Espíritu Santo por una acomodación y porque el cristiano, a imagen de Cristo, ha de parecerse a Él en aquello que constituye la perfección.

Veamos en particular la correspondencia de las virtudes y de los Dones y el oficio que cada Don desempeña respecto de los actos de la virtud correspondiente. Por hechos de las vidas de santos y por comparaciones, entendemos algo de estos puntos tan espirituales.

El trabajo de perfección que el alma lleva a cabo por los Dones, es lo más eficaz para la santificación y hasta se dice que el alma, bajo la moción de los Dones, se mueve al *modo divino*. Lo expresan algunos santos y teólogos de esta manera, comparándolo con las virtudes naturales y con las virtudes sobrenaturales.

* * *

El trabajo de las virtudes meramente naturales es como las alas del avestruz. No puede volar con ellas. El de las virtudes sobrenaturales es como el vuelo de la gallina; puede volar y hasta elevarse sobre los techos de las casas; el de los Dones del Espíritu Santo es como el vuelo de las aves que llegan hasta regiones muy elevadas de la atmósfera.

También se utiliza el símil de la navegación. Las virtudes naturales, navegación con remos; las sobrenaturales, navegación con vela; los Dones, navegación de vapor.

Ahora, en lo moderno, podíamos compararlos: las virtudes naturales con el viaje a caballo, las sobrenaturales en automóvil y los Dones en avión.

* * *

Clasificando a los hombres desde este punto de vista, se les puede dividir en cuatro clases, según los cuatro criterios que tienen para normar sus acciones.

El criterio diabólico de los que se guían por lo malo y pecaminoso, los que tienen el pecado como norma de vida y de actividad.

El criterio humano, de los que buscan y saben las conveniencias humanas para ver lo que hacen según las virtudes naturales.

El sobrenatural, de los que se rigen por las virtudes sobrenaturales, que viven según la fe y con la caridad que dirige todo, así como con la esperanza de la vida eterna.

El divino, de los que se guían por el movimiento que el Espíritu Santo les imprime por los Dones.

* * *

Entenderemos aún mejor esto con dos ejemplos, uno de la templanza y otro de la caridad.

En la templanza en el comer y beber: el criterio desordenado es comer y beber sin medida y embriagarse; el natural es comer y beber lo que dice la razón y aconseja el médico. El sobrenatural es guardar las prescripciones de la Iglesia en cuanto al ayuno y la abstinencia, y mortificarse para no exponerse a tentaciones, así como para agradar a Dios e imitar a Nuestro Señor y a los santos. El divino es despreciar y ver como basura los deleites y comodidades de este mundo.

El ejemplo de la caridad. El desordenado y diabólico es dañar al prójimo, vengarse de él, no pagar sus deudas. El natural, ser cumplido en sus pagos, no defraudar a sus trabajadores. El sobrenatural, socorrer al necesitado, privarnos de algo en favor de nosotros. El divino, despojarse de todo por los demás, venderse como esclavos en favor del prójimo, como lo hizo San Pedro Nolasco, San Pedro Armengol, San Vicente de Paúl.

Ya en el ejercicio de los Dones y en el obrar según el criterio divino, el alma es impulsada por el Espíritu Santo. Esto no depende de la voluntad humana; esto depende de Dios que lo da a los que son fieles en la práctica de las virtudes sobrenaturales.

Si leemos con atención las vidas de los santos hallaremos que los Dones del Espíritu Santo aparecen en ejercicio, ya sea varios a la vez, ya alguno u otro. En todo caso, los que han estudiado esas vidas admirables a la luz de la teología, han señalado el predominio de tal o cual de los Dones, de manera semejante a lo que acontece con las virtudes. Los santos las han practicado todas en grado heroico y sin embargo no todas se manifiestan igualmente. En San Vicente de Paúl la caridad; en San Ignacio de Loyola, el celo por la salvación de las almas; en San Francisco de Asís, el desprendimiento; en San Luis Grignon de Montfort, la devoción a la Santísima Virgen; y así de otros santos.

TARSICIO ROMO, M. Sp. S.



DIOS ES SIEMPRE EL MISMO

DIOS es siempre el mismo para nosotros; somos nosotros los que cambiamos en esta miserable tierra; el corazón se da y se vuelve a tomar; tenemos arranques de amor y noches glaciales; tan pronto nos elevamos entusiastas como descendemos abatidos.

Dios nos contempla y sigue nuestras fluctuaciones. ¿Cómo está nuestra alma? ¿Estamos dispuestos a escucharlo? ¿O bien, nos ve sin fuerzas, desalentados y con la mirada vagando lejos de Él...?

Si Dios no fuera tan bueno y tan paciente, ¿qué sería de nosotros? Pero Él tiene la serenidad del amor y no cambia; nos ama hoy, como nos amó ayer, como nos amará mañana. Y su amor es siempre gozoso, siempre dispuesto a darse. ¡Lástima que no siempre estemos nosotros dispuestos a recibir! Es preciso que Dios espere que queramos; o más bien, que Él produzca en nosotros esa buena voluntad de recibirlo.

Cuando reflexionamos en este misterio, nos sentimos abrumados ante ese amor, incesante, perpetuo, inmutable... Pero, sobre todo, nos sentimos llenos de alegría, porque podemos decirnos: *¡estoy seguro del amor de Dios!*

En el cielo nuestra alegría de amar a Dios no tendrá esos vaivenes, esas variaciones; nuestro amor tendrá la serenidad del amor de Dios y nuestro gozo también.

DIOS NOS AMA SIEMPRE CON ALEGRÍA

Dios nos ama siempre y nunca quiere el mal para nosotros. Aún cuando lo ofendemos, Él siempre sigue siendo para nosotros el Amor.

Y si por nuestro bien —por nuestro verdadero bien— nos envía sufrimientos es siempre en funciones de su amor; porque Él sabe qué saludable nos será ese sufrimiento y cuánto servirá para la salvación y la santificación de nuestra alma.

Quien nos prueba es, pues, su amor; nunca nos hace sufrir para contristarnos, sino para darnos gozo, el verdadero gozo, el que no pasa, el suyo.

Pero para darnos este gozo, para hacernos conocer su valor necesita desprendernos de las alegrías de la tierra. Y nada desprende tanto como el sufrimiento.

Cualquiera que sea, pues, el sufrimiento que nos hiera, digamos siempre: “¡Es Dios! ¡Es el amor de Dios para mí!” Si Dios permite que sufra, es porque su amor se lo pide; porque todo sufrimiento es un don del amor de Dios. Pero es necesario elevar el alma muy por encima de la tierra para comprenderlo.

Quien lo comprende tiene una alegría infinita. Nada en este mundo puede procurar semejante consuelo. Y, dado que es inmenso el sufrimiento que pesa sobre el mundo, podemos afirmar que este pensamiento: *el amor de Dios distribuye el dolor para que podamos poseer eternamente su gozo, es el más grande beneficio de la bondad de Dios.*

Nuestra alegría, si comprendemos esta verdad, no tiene límites; absorbe todo sufrimiento, consuela, sostiene, abre las puertas del gozo de Dios.

Fuera de este gozo de amar a Dios, de esperar su bienaventuranza, ¿dónde podemos encontrar en este mundo el consuelo a nuestros sufrimientos? No queda sino el vacío, la horrible desesperación que va a terminar en un sepulcro...

Pero en las alturas, en la verdad inmutable, la alegría de Dios permanece... Hay que asirnos a ella a toda costá. Esta alegría es nuestra sobre la tierra y lo será eternamente, si lo queremos.

NADIE PUEDE ARREBATARNOS NUESTRO GOZO

De esta alegría de amar a Dios en todo y por todo, nadie nos puede privar. Está esencialmente en el alma, en ese fondo

del alma a donde sólo Dios puede llegar. Fuera de Él, nadie puede disminuirla; persecuciones, traiciones, penas del corazón, enfermedades... nada, absolutamente nada puede llegar hasta ese fondo que está reservado a Dios solo y al alma. Es el bien de Dios y nuestro propio bien, gracias a Él; es su propiedad y nuestra propiedad.

Sin duda que en la superficie de nuestro ser podemos ser heridos. Nuestro corazón y nuestra sensibilidad están a la merced de todo sufrimiento. Y lejos de ser preservados de estas penas, si amamos a Dios con todo nuestro ser, bebemos ampliamente en el cáliz del Señor y sentiremos en nuestro corazón y en nuestra carne algo de lo que sintió Él mismo.

Pero, a pesar de todo, fijos en la voluntad siempre buena y siempre gozosa de Dios hacia nosotros, guardaremos en el fondo del alma el gozo sustancial, la alegría de Dios en nosotros, amado, servido, alabado y glorificado, gozo profundísimo, gozo sobreabundante que no pierde a Dios de vista un solo momento, aun en las más horribles torturas.

Pueden hacernos sufrir; pero nadie puede arrebatarnos nuestra alegría de ser de Dios...

P. MONTIER

P E N T E C O S T É S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO

3ª Epoca

Núm. 69

1º de Septiembre de 1950.

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Apdo. N° 1580. Ofic.: Madero 42-31. Tel. 35-00-99, México 1, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 1.25. Número suelto \$ 0.12. En el extranjero: Dlls. 0.25. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la persona que nos coloque 5 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

De Licentia Ordinarii - Superiorum Permissu - Propiedad literaria y artística aseguradas

Registrada como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México, el 27 de abril de 1937.



SAN ANTONIO MARIA CLARET

UN nuevo astro, y de primera magnitud, acaba de aparecer en el firmamento estrellado de la Iglesia. El 7 de mayo que acaba de pasar, Pío XII inscribió en el número de los santos a ANTONIO MARIA CLARET, Arzobispo de Cuba, Fundador de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, Apóstol de Cataluña y de Canarias, de España toda y del Mundo entero.

Contemplemos y admiremos los destellos de luz que emite este nuevo astro para alabar su santidad, seguir su estela luminosa e imitarla.

Llamamos santo al que con su perfección extraordinaria en las virtudes reproduce de un modo relevante la vida de Jesucristo y prolonga en cierto modo el Misterio de la Encarnación.

La santidad es la vida sobrenatural perfecta, arraigada y adornada de virtudes; es la unión firme con Dios, exenta de culpas; es una verdadera obra de arte en que el artista trabaja sobre su naturaleza en lugar de trabajar sobre el frío mármol. Y como en todo arte, se requiere remover los obstáculos, depurar el material, quitar las asperezas. Pero, sobre todo se requiere un ideal que oriente, que ilumine, estimule y unifique las fuerzas y energías.

Este ideal es la reproducción mística de Jesucristo; mas como es tan sublime y variado, cada uno toma de él lo que más se le acomode y así más fácilmente lo imita y se lo asimila.

Por eso en la constelación de los santos que brillan en el firmamento de la Iglesia, cada uno se diferencia de los demás, como se diferencian las estrellas en el cielo.

Antonio María Claret fué un astro de primera magnitud en su vida y las características de su santidad podemos sintetizarlas en estas palabras: *sólida, humana, expansiva*.

* * *

Santidad sólida. Más bien interior que exterior. De grandes ideas. Ya desde niño, en las horas de insomnio, pensaba con frecuencia en las penas eternas del infierno, en aquel "*siempre... siempre... siempre...*" "*jamás... jamás... jamás...*" Decía el santo que el Misionero debe tener "*el mundo bajo los pies, el amor de Dios en el corazón y la mente fija en la eternidad*".

Su piedad fué sólida, porque siempre se fijó más en la calidad de los ejercicios piadosos que en la cantidad y número; más en el fervor de practicarlos en que en su novedad.

Se ejercitó en las virtudes sólidas: la humildad, de la cual llevó examen particular 18 años; la abnegación, la mortificación, pues dormía sólo unas tres horas y rara vez acostado en cama; se abstuvo totalmente de la carne y del vino; ayunaba con muchísima frecuencia; usaba el cilicio tres veces por semana y otras tres tomaba disciplina. Su calma y serenidad en medio de las persecuciones y calumnias fué heroica; sufrió 14 atentados, fué "el gran perseguido" de la masonería, del liberalismo y de la política. Fué mártir del silencio y sobre su tumba se pudieron escribir aquellas palabras: "*Por haber amado la justicia y odiado la iniquidad, muero en el destierro*".

Santidad humana. En él la naturaleza y la gracia se hermanaron tan estrechamente que su virtud esparció el aroma en torno suyo sin ostentación de fantasía y colores. El equilibrio de su temperamento, su optimismo positivo, el oportunismo sano y prudente que siempre le distinguió —optimismo y oportunismo providencialista, llenos de fe y de confianza en Dios—; todo ese conjunto de dones con que Dios lo adornó,

junto con su propio esfuerzo, se aunaron en él con tal suavidad y poder de adaptación, que de sencillo obrero de tejidos en el pueblecito de Sallent, ascendió a los más encumbrados puestos de Arzobispo y confesor de la Reina Isabel II, con la misma aparente sencillez y naturalidad con que un astro sube y un capullo se abre.

Santidad expansiva. Fué práctica más que especulativa, como lo fué toda su naturaleza. Así brillaron en él las virtudes expansivas, las que podríamos llamar centrífugas. Con su natural optimismo, con su energía vital y fecunda, su amor a Dios y a las almas era práctico, de acción, que lo abrazaba en celo por salvarlas, que le urgía en el fondo del alma y le hacía exclamar: “¡Ay de mí si no predicare!” Por eso escogió como lema de su escudo: “*Caritas Christi urget nos*”.

Su humildad era más positiva que negativa, aunque no descuidaba los actos exteriores de humillación y rebajamiento, como lavar el suelo, servir la mesa, besar los pies, sufrir desprecios y calumnias en silencio y con paciencia, aun siendo ya Prelado.

Su mortificación era más bien de acción que de inhibición.

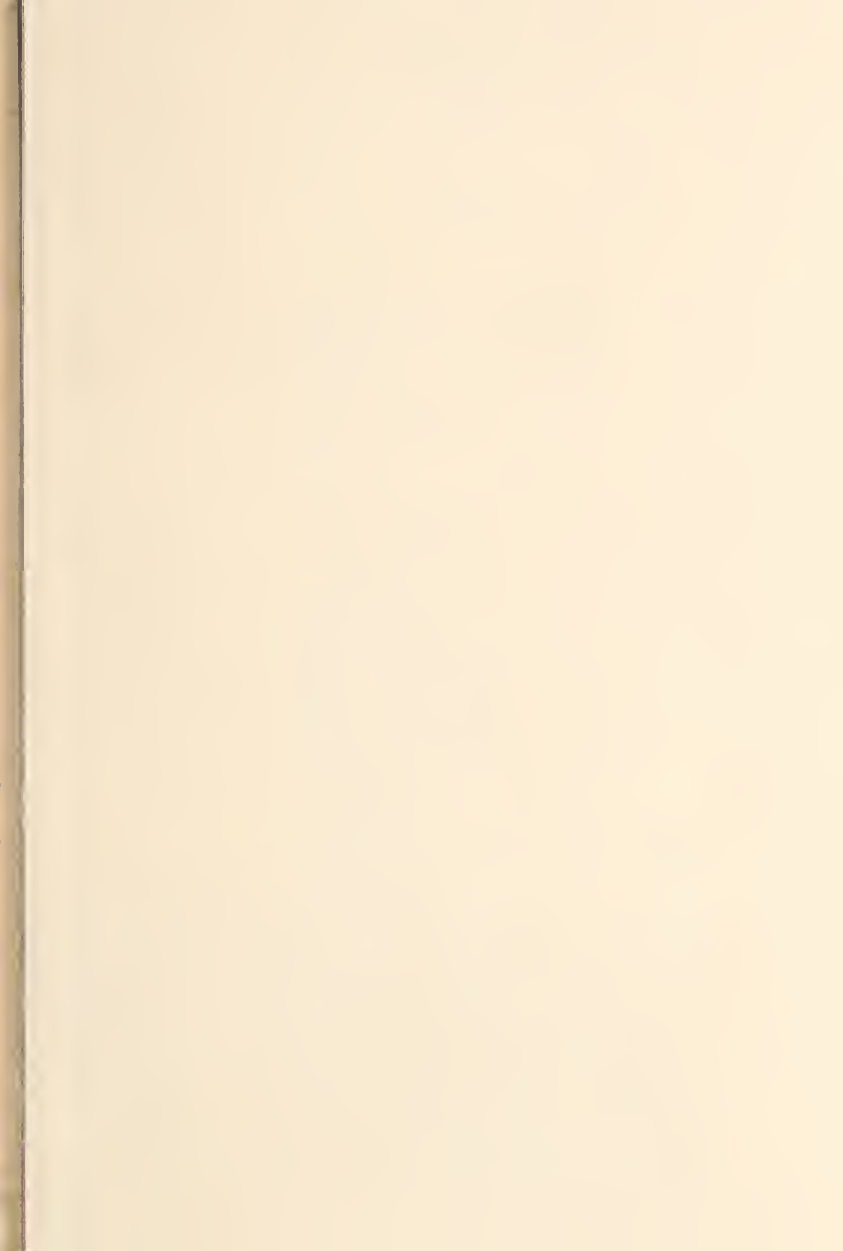
Su oración más vocal que puramente mental. “*Con la oración vocal me va mejor que con la mental*”, aseguraba el santo.

Todo lo cual manifiesta que su santidad fué expansiva, como humana y sólida.

Al señalarlo Pío XII el 7 de mayo en el cielo de la Iglesia, elevemos nuestras miradas para contemplarlo, elevemos nuestra mente para admirarlo, elevemos nuestros corazones para amarlo, elevemos nuestra vida para seguirlo e imitarlo.

HIPOLITO PELAEZ, C.M.F.





Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1542

FOR LIBRARY USE ONLY.

FORGOTTEN LITERATURE

